

«tros heridos que fueron quince y murió uno de las «heridas; y también se curaron cuatro ó cinco caballos que estaban heridos, y reposamos y cenamos muy bien aquella noche, porque teníamos muchas gallinas y perrillos que hubimos en las casas»

Don Hernando trató bondadosamente á los cautivos, hizo darles de comer, y por medio de los intérpretes Marina y Aguilar, se les encargó dijese á los suyos no fuesen locos en proseguir la guerra, pues los españoles sólo querían su amistad y ser sus hermanos. A dos prisioneros principales de la primera batalla, se les dió una carta con recado para los cuatro jefes tlaxcaltecas, diciéndoles que no venían á hacerles mal ni enojo, sino sólo para pasar por su tierra é ir á Mexico en busca de Moctecuhzoma. Los emisarios fueron puestos en libertad. Al día siguiente, probablemente 3 de Septiembre, volvieron aquellos dos enviados, se habían dirigido al campamento de Xicotencatl, situado á dos leguas del real, entregaron al Jefe la misiva y diéronle el mensaje. El valeroso joven contestó: vayan los blancos á Tlaxcalla, allá haremos las paces hartándonos con sus carnes y honrando á nuestros dioses con sus corazones y sangre. Los castellanos quedaron asombrados con la arrogancia de la respuesta. Cortés, vista la amenaza, ya por medio de halagos, ya poniendo á los nobles en el tormento, averiguó lo que más le importaba saber.

En la mañana del 5 de Septiembre se presentó Xicotencatl con su ejército, como lo tenía ofrecido, y

siguiendo la costumbre caballerosa de los pueblos indígenas, registrada á menudo en sus historias, envió al real trescientos pavos y doscientos cestos de *tamalli* ó boyos de maíz, con peso de doscientas arrobas, para que los blancos comiesen antes de pelear y no dijese haber sido derrotados por falta de fuerzas.¹ Pasada aquella gran batalla, que puso en grave peligro á los españoles, y antes de salir Cortés á sus desoladoras correrías, con tres principales prisioneros del combate anterior y los dos primeros mensajeros que había recibido, envió nueva embajada á los señores de Tlaxcalla, para repetir el razonamiento de costumbre; que concierten en la paz, pues los blancos no intentan hacerles daño, y desean y pretenden únicamente el paso por sus tierras para ir á ver á Moctecuhzoma. El 7 de Septiembre volvieron algunos mensajeros de Tlaxcalla á dar la respuesta pedida; dieron al general regalos y esclavos y le dijeron: «si eres dios de los que comen sangre e carne, cómete estos indios e traerte «hemos mas; e si eres dios bueno, ves aqui encienso «e plumas; e si eres hombre, ves aqui gallinas e pan «e cerezas.» Contestó la embajada el general. Poco tiempo después se presentaron en el campamento cincuenta hombres que, considerados como espías, fueron castigados por el conquistador, haciéndoles cortar las manos. Despidiólos en seguida Cortés con

Gomara. Crónica, cap. XLVII.—Herrera, Dec. II, lib. VI, cap. VI.—Torquemada, Lib. IV, cap. XXXI.—Ixtlicxochitl, Hist. Chichimecas, cap. LXXXIII.—M. S.

encargo de decir á Xicotencatl que viniese cuando quisiera; verificóse después el combate nocturno, en que los españoles tuvieron la victoria, y, como de costumbre, después del triunfo despachó Cortés nuevos mensajeros á Tlaxcalla; mas conformándose, en cierta manera, con los usos de los indios, al darles el constante recado de paz, con protestas de amistad y amenazas, les entregó una carta y una saeta, dando á entender con ello á la señoría escogiera definitivamente entre la paz y la guerra.¹ Pasáronse varios días sin hacer cosa notable fuera de constantes correrías, tan sangrientas en sus resultados como las anteriores. Después los castellanos dieron muestras de algún desfallecimiento, murmurando de su jefe y deseando muchos de ellos tornar á la Villa Rica; pero fué en aquel punto cuando demostró el conquistador la grandeza de su resolución y el esfuerzo de su ánimo para arrostrar serenamente los peligros ignorados que le esperaban y las continuas dificultades con que tropezaba en su camino. Conspiraban á esto las declaraciones que hizo á Cortés el Jefe Cempoaltecatl Teuch, describiéndole la grandeza de Moctezuma y la inmensidad del número de enemigos que podía oponerle.² He aquí lo que dice á este respecto el Sr. Orozco y Berra: «Sin duda la situación de los castellanos era apurada... una de las multiplicadas ineptias de Moctecuhzoma los sacó del embarazo.

¹ Bernal Díaz, cap. LXVII.

² Bernal Díaz, cap. LXIX.

Aquel monarca, al ver penetrar á los blancos en el territorio de Tlaxcalla, se haría este cálculo sencillo: si los invasores vencían á los tlaxcalteca, ganaba el imperio con la destrucción de sus enemigos; si lo contrario acontecía, los importunos Teules no tendrían ya ocasión de ir á México. Informado constantemente por los sus espías, supo de las victorias de los españoles sin inquietarse por ello; mas informado de los pensamientos de la señoría, para hacer la paz, entró en gran cuidado, pues la alianza, uniendo las fuerzas de sus contrarios, los hacía mucho más temibles. A fin de evitarlo, reunió en consejo á las personas principales del imperio; Cuitlahuac, Señor de Ixtapalápan, opinó mandar embajadores á Cortés con un gran presente, pidiéndole su amistad y rogándole no pasase á México por haber en ello inconvenientes; Cacama fué del parecer de siempre: recibir con todo decoro en la ciudad á los extranjeros. Divididos los pareceres, Moctecuhzoma adoptó el del señor de Ixtapalápan, á la verdad no muy acertado, si bien introduciendo una mala variante; en consecuencia, se dispuso nueva embajada.¹

No bien apaciguadas las murmuraciones en el real, llegaron seis principales nobles méxica con doscientas gentes de servicio; con las ceremonias á su usanza, saludaron á Cortés, presentándole un regalo de hasta mil pesos de oro en polvo, igual número de piezas de ropa de algodón, joyas de valor y plumas

¹ Torquemada, lib. IV, cap. XXXV.

de valía. El más anciano tomó la palabra, diciendo lo saludaba de parte de Moctecuhzoma, quien le mandaba la enhorabuena por sus victorias contra los tlaxcalteca; quería el emperador ser amigo del bravo capitán y reconocerse por vasallo del gran rey á quien servía, á cuyo efecto le mandaba aquel presente y le mandaba á preguntar con cuál cantidad y en qué objetos debería pagar cada año el tributo; pero que le suplicaba no fuese á México, porque siendo la tierra estéril, el camino áspero y peligroso, quería evitar le sucediese algún daño. Tomó el presente D. Hernando y agradeció el recado, haciendo muchos halagos y demostraciones de amistad á los embajadores, á quienes, sin embargo, no dió por entonces respuesta, reteniéndolos á su lado, mientras se desenlazaban los tratos con la república. Los embajadores habían tomado por la vía de Huejotzinco, y sea que éstos los patrocinaran ó les fuera salvaguardia su respetado carácter, ellos no encontraron contradicción por parte de los tlaxcalteca hasta penetrar en el real. Mas según lo mejor averiguado, aquel mismo día, como en desafío á los méxica, Xicotencatl cargó denodadamente con tres escuadrones de guerreros sobre el real, haciendo prodigios de valor por salir airoso. Don Hernando, atacado de calenturas, había tomado un purgante, no obstante lo cual, dada la alarma, montó á caballo, se puso al frente de los jinetes y,

ayudado por los peones, rechazó el asalto.¹ Xicotencatl se retiró á su campamento, menos resentido de sus pérdidas, que despechado por haber sido vencido en presencia de los méxica.

Mientras esto pasaba, los emisarios de Don Hernando, enviados con la carta y la saeta, se presentaron á Mexixcatzin y Xicotencatl, ante los cuales expusieron su encargo. Aquellos señores convocaron á los otros dos de la señoría, á los principales capitanes y aun á sus amigos de Huejotzinco. Reunida la junta, Mexixcatzin, desde el principio ardiente partidario de los extranjeros, se decidió por la alianza con los hombres blancos, tomando pie de las desgracias acontecidas para esforzar sus primitivas argumentaciones: de nada había servido combatir á los teules de día ni de noche; por el contrario, aquellos seres eran poderosos á causar daño, mostrándose siempre invencibles é invulnerables; trataban con humanidad á los prisioneros, y en vez de matarlos, los ponían libres; quitaron á los totonaca del yugo de Moctecuhzoma, y ahora pretenden ser amigos de Tlaxcalla, para defenderla de aquel su cruel y encarnizado enemigo: inmensas ventajas deberían seguirse de la amistad con los teules, mientras de seguir combatiéndolos sólo se alcanzaría la muerte de los ciudadanos y la destrucción de la señoría.² Estas razones pesaron tan-

¹ Cortés, Cartas de Relac., pág. 60.—Bernal Díaz, cap. LXXII.—Gomara, Crón., cap. XLIX.—Herrera, Dec. II, lib. VI, cap. X.—Torquemada, lib. IV, cap. XXXV.

² Bernal Díaz, cap. LXVII.

to en el ánimo de los pusilánimes, que fué resuelta la paz.

En consecuencia, cuatro principales pasaron al campamento de Xicotencatl el mozo, á ordenarle, de parte de la señoría, se abstudiese de seguir la guerra. El intrépido general se negó abiertamente á acatar el mandato, y, enojado, maltrató de palabra á los emisarios: ya he muerto, les dijo, un caballo¹ y á muchos teules; en otra batalla que de noche les dé, lograré vencerlos y matarlos. Los cuatro desairados nobles tornaron con aquella respuesta al consejo, la cual dió tanto enojo á los cuatro señores, principalmente á Mexixcatzin y á Xicotencatl el viejo, que mandaron intimar á todos los capitanes del ejército, no obedeciesen á su general en cosas de pelear. Aquella segunda orden resistió como la primera, y aun retuvo en su campamento á los nobles enviados, evitándoles fuesen á demandar la paz.²

Verificóse entonces la expedición á Tzimpantzinco, y los del pueblo que habían traído bastimentos al real, con promesa de seguir suministrándolos, lo avisaron á Xicotencatl, quien los riñó fuertemente, afeándoles la acción. Los papas y principales se dirigieron entonces á la señoría; informados los cuatro principales de la conducta observada por los blancos, en lo relativo á no matar á los prisioneros, y teniendo en

¹ Los méxica llamaban al caballo *mazatl*, venado, y también *tlanzolotl*, danta ó anta. Muñoz Camargo, Hist. de Tlaxcalla, M. S.

² Bernal Díaz, cap. LXVII.

cuenta la determinación tomada para hacer paces, mandaron á los de Tzimpantzinco llevaran diariamente al real cuantos víveres se hubieren menester.¹ Contrariando esta determinación, dió Xicotencatl el asalto al real, en el cual tan mal despacho alcanzó.²

La última derrota, y sobre todo la presencia de los embajadores méxica en el real de los castellanos, apresuraron á la señoría á concluir la proyectada paz, y vencieron la obstinada resistencia de Xicotencatl; temieron que los extranjeros estrecharan sus relaciones con Moctecuhzoma, en lo cual debía empeorar la situación de Tlaxcalla, y se adelantaban á evitarlas, negociando por su propia cuenta. A fin de dar mayor seguridad á los invasores, fué nombrado Xicotencatl como embajador principal; excusóse al principio, mas aceptó al cabo, urgido por los señores del consejo.³

Don Hernando difería la marcha con buenos pretextos, ya para darse á deseo, ya para observar si los tlaxcalteca obraban de buena fe, parte por estar todavía con los restos de las calenturas, y principalmente porque los embajadores méxica le habían pedido seis días de plazo, á fin de mandar dos de ellos á dar cuenta de lo ocurrido á Moctecuhzoma, recibir instrucciones y tornar con la respuesta. En tanto, Cortés escribió á Juan de Escalante, su teniente, en

¹ Bernal Díaz, cap. LXVIII.

² Orozco y Berra, obra citada.

³ Herrera, dec. II, lib. VI, cap. X.—Torquemada, lib. IV, cap. XXXV.

la Villa Rica, participándole su buena ventura y rogándole le mandara ciertos encargos de vino y hostias para el culto. Con los indios de los contornos y de Tzimpantzinco, fué levantada una gran cruz en el real; se limpió y aderezó el teocalli de la cumbre del cerro; reformáronse, además, las viviendas de la tropa, mejorando cuanto pudo cada uno sus comodidades. Al tiempo estipulado llegaron al real seis nobles muy principales, con un rico regalo, consistente en más de tres mil pesos de oro, en joyas de diversas hechuras, y doscientas cargas de mantas de algodón y pluma; el más anciano dijo á Cortés que Moctehzoma le daba el pláceme por su buena andanza, y le ruega ahincadamente en bueno ni en malo se fie de los de Tlaxcalla ni á su ciudad vaya, pues siendo pobres, lo único que intentan es sacarlos de ahí para robarlos y matarlos. Cortés, con semblante alegre, recibió el regalo, dando por respuesta agradecer el presente, «y que él lo pagaría al Señor Motezuma en buenas obras;» si faltaran los tlaxcaltecas á su palabra, lo pagarían con la vida; pero que estando seguro no harán una villanía, ha determinado definitivamente ir á Tlaxcalla.¹

Cuando los señores de la república supieron el regreso de los embajadores méxica, en su empeño por disputarse á los extranjeros, vinieron en persona al real en andas los unos, en hamacas los otros, acompañados con gran séquito de nobles. Hicieron las ce-

¹ Bernal Díaz, cap. LXXIII.

remonias acostumbradas: tomar polvo del suelo con el dedo mayor de la mano derecha y llevarlo á la boca en señal de homenaje, incensar al general, y en seguida le manifestaron los perdonara por haber hecho la guerra, y lo invitaron para que fuese con ellos á la ciudad, donde sería atendido y regalado. El conquistador aceptó el convite y manifestó no tener quien llevase la artillería. Los embajadores, en menos de media hora, le presentaron quinientos indios de carga. No tuvieron á bien los enviados de Moctezuma esta determinación; pero, sin duda, con el propósito de averiguar todo lo que ocurriese en aquella ocasión, se dejaron persuadir para ir á Tlaxcalla, previas las seguridades de Cortés, que les manifestó no consentiría se les hiciera daño. La entrada del conquistador en Tlaxcalla fué una verdadera ovación, á la que concurrieron, según la opinión del autor que nos sirve de guía, más de cien mil personas.

A fin de corresponder aquella galante hospitalidad, Cortés, según asienta Ixtlicxochitl, envió á Cempoalla, por ropas, plumas y mantenimientos de los que allí guardaba, ya por regalos de los méxica, ya del tributo pagado por los totonaca, y á los cuales objetos no daba gran valor. Fueron por ello ciento cincuenta nobles, algunos representantes de la señoría, y doscientos tamene. Recibidos los objetos en el real, distribuyólos Cortés entre los cabezas de la república y demás señores principales.

Refiere Torquemada que el rebelde Ixtlicxochitl,

mientras los extranjeros penetraban en el país, reunía poderoso ejército en Otompa; informado de las victorias de los castellanos, les envió nueva embajada, ofreciéndoles su amistad, proponiéndoles que al hacer su jornada á México, pasasen por Calpulálpam, donde saldría á recibirlos con su gente, acompañándoles á destruir á Tenoxtitlán. Satisfecho Cortés de la embajada, aceptó la alianza y despachó con halagos á los embajadores, diciéndoles asegurasen á Ixtliexochitl le agradecía su ofrecimiento y le ayudaría contra sus adversarios.

Al principio del mes de Octubre, determinó Don Hernando Cortés proseguir su viaje hacia la capital del imperio de Moctecuhzoma; á ello se oponían los menos animosos de sus compañeros, y los embajadores méxica urgían al conquistador se pasase á Cholollan, donde sería mejor alojado y servido, pudiendo esperar allí la licencia del emperador para ir á Tenoxtitlán. Es notorio que el propósito de los méxica era apartar á los blancos de la amistad de los tlaxcalteca. En aquella ocasión llegaron á Tlaxcalla cuatro nuevos enviados de Moctecuhzoma, trayendo en buenas joyas hasta diez mil pesos, con diez cargas de mantas de primorosas labores de plumas, y en su mensaje rogaron nuevamente á los blancos que fuesen luego á la ciudad de Cholollan, donde serían bien atendidos. Cortés dió las gracias por el regalo; y como en calidad de embajadores, pero en realidad con el carácter de espías, mandaba á México á Pedro de

Alvarado y Bernardino Vázquez de Tapia; sea por haberse enfermado Tapia, ó por las observaciones que hicieron los castellanos, se mandó regresar á los enviados para evitar su pérdida. Se resolvió la marcha hacia Cholollan, y los tlaxcalteca indicaron, con pena, al general, los peligros que dicha determinación pudiera acarrear.

El Sr. Orozco dice á este respecto: Si hubiéramos de dar crédito á Muñoz de Camargo, cronista de la república, los señores de Cholollan, por guardianes de Quetzalcoatl ó por causa no conocida, no creían en los hombres blancos y barbudos: los tenían por unos advenedizos traídos para hacerles la guerra, mirándolos en poco y menospreciándolos. Según lo había ordenado Cortés, los tlaxcalteca enviaron embajadores á la ciudad santa, siendo el principal Patlahuactzin, persona noble muy estimada en la república: llegados á Cholollan, dijeron á los sacerdotes fuesen y se diesen de paz, pues los hombres blancos y barbudos eran buenos y no les harían daño; de lo contrario, serían aniquilados y destruidos. Oído por los señores, se apoderaron de Patlahuactzin, le desollaron la cara, los brazos hasta el codo, cortáronle las manos por la muñeca, dejándolas pendientes, despidiendo á los mensajeros, diciéndoles: «Andad, y ved á decir á los de Tlaxcalla y á esotros andrajosos, hombres ó dioses ó lo que fueren que decís que vienen, que eso les damos por respuesta.» Patlahuactzin murió, quedando su memoria en los canta-